

Apuntes para una filosofía educativa en el siglo XXI*

Luis Ángel González Pérez

Departamento de Humanidades
Universidad de Puerto Rico, Arecibo

RESUMEN: Este trabajo toma como base las tesis del filósofo norteamericano John Dewey. Entendemos que sus planteamientos sobre los temas de la educación, la política, la moral y, sobre todo, la democracia, tienen mucha pertinencia en la discusión actual. En lo que sigue expondremos sus ideas relativas a los conceptos antes mencionados, para mostrar cómo los mismos pueden aportar valiosas recomendaciones en momentos en que el diálogo y el intercambio de ideas requieren del consenso y de la inteligencia para el desarrollo de una sociedad más democrática y tolerante. Comenzaremos describiendo qué entiende este filósofo por el concepto de educación y luego estableceremos la relación inseparable entre la educación y la política. Además intentaremos demostrar la vigencia de los escritos del maestro para la formulación de una filosofía de la educación que esté a tono con nuestro tiempo. PALABRAS CLAVES: educación, moral, política, ética, filosofía

Este trabajo toma como base la tesis del filósofo norteamericano John Dewey. Entendemos que sus planteamientos sobre la educación, la política, la moral y, sobre todo, la democracia, tienen mucha pertinencia en la discusión actual. En lo que sigue expondremos sus ideas relativas a los conceptos antes mencionados, para mostrar cómo pueden aportar valiosas recomendaciones en este momento en que el diálogo y el intercambio de ideas son esenciales para el desarrollo de una sociedad más democrática, y para la formulación de una filosofía de la educación que esté a tono con nuestro tiempo. Comenzaremos describiendo qué entiende este filósofo por el concepto de educación y luego estableceremos la relación inseparable entre la educación y la política.

* Trabajo presentado en el Cuarto Congreso Iberoamericano de Filosofía celebrado en Medellín, Colombia (julio 2008).

Para Dewey la educación es la actividad fundamental para lograr la continuidad de la experiencia. Según Dewey, por medio de la educación se forma o se adiestra cada uno de los elementos constitutivos de la sociedad para mantener vivos los intereses, ideales y esperanzas del grupo social. De faltar estos, el grupo perecería. La vida, es decir, "...el proceso de autorrenovación mediante la acción sobre el medio ambiente" requiere de reajustes continuos por parte del organismo (*Democracia* 9). La educación es, por tanto, el instrumento para desarrollar las destrezas necesarias que viabilicen los ajustes deseados. En este proceso, tanto el maestro como el alumno, deben desarrollar los métodos adecuados para responder a los estímulos recibidos.

Dewey sostiene que la transmisión de los valores se logra por medio de la comunicación de "los hábitos de hacer, pensar y sentir de los más viejos a los más jóvenes" (*Democracia* 9). Esta tarea requiere del esfuerzo consciente por parte de la comunidad. La educación, según Dewey, opera en dos direcciones: primero, una educación que ocurre indirectamente y es el resultado del "...simple hecho de vivir con los demás"; "es natural..." (*Democracia* 16). La segunda manera es la llamada educación formal; obviamente ésta es la que más le preocupa a Dewey, puesto que ella tiene como propósito deliberado y consciente la formación del carácter de los más jóvenes. Este modo formal de educar tiene mayor importancia en los grupos más adelantados (civilizados) donde se crean ambientes especiales (escuelas) para llevarlo a cabo.

Pero para Dewey la educación no está limitada a la escuela solamente. El medio social¹ también es educativo porque forma las disposiciones mentales y emocionales de la conducta de los miembros del grupo. Por lo tanto, según Dewey, "la medida del valor de toda institución social (económica, doméstica, política, legal o religiosa) es su efecto en ampliar y perfeccionar la experiencia" (*Democracia* 14). Todas las instituciones sociales son otras tantas formas variadas de la experiencia del individuo; a través de ellas interactúa con el medio ambiente social. Estas ejercen una poderosa fuerza que va moldeando, poco a poco, el carácter de las personas. Por esta razón,

¹ Esta idea es sostenida por los defensores de la pedagogía social, tales como: Locke, Luzuriaga, W. Frankena y otros. Ver Luzuriaga, Lorenzo.

si la escuela se convierte en rutinaria y artificial puede perder su valor educativo; es decir, si se aleja de la experiencia inmediata del educando y no toma a éste como punto de partida, corre el peligro de fracasar. Debido, además, a la complejidad de las sociedades actuales los seres humanos de un mismo grupo social se desarrollan en ambientes sociales diversos; por tal razón, la escuela debe ser un centro donde se simplifica, purifica y equilibra el ambiente social (Riestra 209), de manera que sus efectos alcancen a la totalidad de la sociedad.

En otras palabras, aprendemos de las experiencias que son continuas; en toda actividad en la que se sufren las consecuencias de la misma y en la que la acción produce un cambio en el sujeto, el flujo de sensaciones es más que un simple estímulo; se aprende de algo por ser la experiencia, según Dewey, un proceso activo que toma tiempo. En otras palabras, la experiencia se extiende entre un comienzo y un final mutuamente relacionados. Si se logran establecer las conexiones entre las distintas fases de la experiencia, ésta poseerá cualidad educativa o será una ocasión de aprender algo. Por lo tanto, la educación debe ayudar, principalmente, a rescatar el orden y la continuidad de la experiencia, para hacernos capaces de seguir aprendiendo. Esta es la razón por la cual Dewey define la educación como “aquella reconstrucción o reorganización de la experiencia que da sentido a la experiencia, y que aumenta la capacidad para dirigir el curso de la experiencia subsiguiente” (*Democracia* 87).

La medida del valor de una experiencia, sostiene Dewey, estriba en que se capten las conexiones y consecuencias que deben acompañar a una experiencia completa. Por lo tanto, toda experiencia continua y completa posee cualidad educativa. El ser humano, como cualquier organismo, está obligado a realizar reajustes constantes para adaptarse al medio ambiente (físico y social), que le rodea. Por esta razón el proceso educativo no termina en ninguna de las etapas del desarrollo del individuo; por ejemplo, en la adultez. El ideal educativo de Dewey está basado en la idea del crecimiento continuo; en otras palabras, se trata de desarrollar la disposición para una constante reorganización de la experiencia. Esta idea de la educación como reorganización constante, supone que cada etapa del desarrollo del ser humano (infancia, juventud,

edad adulta) está en un mismo nivel educativo y posee el mismo valor, puesto que en cada etapa se aprende algo, lo que constituye, justamente, el valor de las experiencias propias de la misma.

Hemos llegado al punto de establecer qué papel juega la experiencia en la teoría educativa de Dewey. Para proceder satisfactoriamente debemos señalar, primero, que la educación es el laboratorio donde las diversas tendencias filosóficas son probadas (Riestra 208), según la concepción de Dewey. Por esto Dewey afirma que el método experimental constituye el instrumento educativo capaz de garantizar el éxito del proceso educativo mismo. La exigencia de recurrir a la experiencia no significa, pues, para Dewey, que cualquier experiencia tenga cualidad educativa sino que la tienen sólo aquellas que estimulan el surgimiento de nuevas experiencias que influyen también en ulteriores experiencias. Por lo tanto, el educador debe seleccionar las experiencias más adecuadas para lograr el propósito señalado.

A Dewey se le considera uno de los fundadores de la educación experimental, que según Richard Pratte (132), consiste, precisamente en la aplicación de la teoría educativa pragmatista de Dewey. Dewey sostiene que “nuestro pensamiento más refinado y racionalmente comprobado ha de ser ensayado en el mundo, y, por lo tanto, comprobado” (*Democracia* 165). Por esta razón insiste en que “una onza de experiencia es mejor que una tonelada de teoría” (*Democracia* 158). El educador debe, en consecuencia, seleccionar y proveer al estudiante un fondo de experiencias comunes del que broten los problemas concretos para que los estudiantes puedan ensayar, experimentar y comprobar sus posibles soluciones. Dewey afirma que es necesario crear un ambiente adecuado para que la educación sea realmente fecunda o significativa, en lugar de ser superficial o artificial.

La experiencia en el salón de clases debe capacitar al estudiante para solucionar problemas sociales genuinos; ésta es realmente la preocupación de Dewey, puesto que la escuela es la institución que puede ayudar a crear condiciones sociales más adecuadas. Dewey propone la idea del aprendizaje a través de la práctica, del hacer (Alicea 65), que debería redundar en la formación del hábito del pensar reflexivo o la actitud psicológica necesaria para evitar la mecanización del proceso del aprender (Alicea 65). La educación,

fundada sobre la base de la experiencia, tendría una influencia prolongada en la vida del individuo humano y en la sociedad a la cual éste pertenece. El programa escolar debería, pues, presentar situaciones en las cuales los problemas estén relacionados con la vida común y corriente. Debería exigir, asimismo, la observación atenta y el manejo activo de tales problemas, puesto que, sostiene Dewey, conocemos mejor aquello con lo que nos relacionamos directamente. La educación que se conecta inmediatamente con los problemas comunes del hombre es más que mera información o instrucción; es humanizante. R. D. Mosier afirma, siguiendo la línea de pensamiento de Dewey, que la teoría que define a la educación como una constante reconstrucción o reorganización de la experiencia tiene como característica principal la de expresar “una preocupación por los problemas prácticos y sociales” (201). Por esta razón la idea de la educación de Dewey como base para la reforma social y el progreso humano, puede ser definida, también, como una “ingeniería social”, puesto que la educación, basada en la experiencia permitiría preparar arreglos sociales mejores y más humanos (Read 7).

El ideal educativo de Dewey tiene como propósito lograr que la sociedad sea un todo armónico y coherente con los intereses de todos sus miembros. Por esto sostiene que el sistema político más adecuado para este propósito es la democracia. Este sistema requiere de la cooperación de cada ciudadano, pero supone, a la misma vez, que cada uno esté entrenado en los procesos políticos que ocurren en el mismo. Para lograrlo, la educación debe proveer las herramientas necesarias y más útiles que provoquen ese desarrollo. La democracia supone un intercambio de experiencias que puedan ser comunicadas y entendidas. Por esto la educación estética es fundamental para esta tarea ya que por medio de ella se desarrolla la imaginación y la subjetividad para que las experiencias de cada individuo puedan ser comunicadas en la forma de una experiencia completa con una significación común compartida. Esta sección de nuestro estudio tiene como objetivo mostrar cómo la educación y la política caminan por el mismo sendero en la filosofía de Dewey.

El problema teórico de la relación entre la educación y la política se remonta hasta los griegos; Platón (*La República y Las Leyes*) y Aristóteles (*La Política*) son los precursores antiguos de esta

discusión ya que ambos entendían que la educación era la base del estado y la pedagogía la base de la política (Luzuriaga 103). Desde ese planteamiento se ha entendido a la educación como el medio por el cual se conserva la sociedad, no importa el grado de desarrollo de ésta (Luzuriaga 119-136). Estos dos filósofos son los primeros en considerar a la educación como responsabilidad del estado.

La relación entre política y educación tiene dos aspectos, que conviene distinguir; primero, la llamada pedagogía política que estudia las relaciones entre la vida educativa y cultural de un pueblo, estudia el hecho educativo en cuanto suceso político; en segundo lugar, la llamada política pedagógica, que es la práctica de un gobierno para realizar mediante leyes, normas, reglamentos y disposiciones, objetivos concretos de la educación dentro de una nación. En este caso, el estado es el organizador y administrador de la vida educativa. Por esto el problema fundamental en la relación política-educación es si la educación debe estar controlada por el estado o si debe ser independiente de los controles gubernamentales. Según Lorenzo Luzuriaga la única responsabilidad del estado debe ser garantizar que la educación llegue a todos los miembros de la sociedad por igual. Esta tesis es propuesta primero por Condorcet y la llamada Pedagogía Revolucionaria. La propaga luego, la pedagogía liberal y, más adelante, la defiende la política pedagógica democrática (Walsh 54-55). Este problema también ha sido abordado por pensadores como Montesquieu, Humbolt, Fichte, Dilthey, Stuart-Mill, Rousseau, Locke y otros, que han enriquecido y aclarado su planteamiento inicial.

Dewey no es ajeno a este problema. En su libro principal sobre educación es notable que ya el título del mismo expresa la relación entre ambos términos; a saber, Democracia y Educación. Dewey no separa tajantemente la tarea educativa de la práctica política, puesto que no establece una diferencia radical entre teoría y práctica.

El ideal político de Dewey es la democracia pues ésta tiene como fundamento la dignidad del ser humano y su capacidad para la toma de decisiones inteligentes que redundan en su beneficio y en el de los demás (Walsh 61). En este sentido, Dewey puede ser incluido como uno de los defensores de la mencionada política pedagógica democrática.

El ideal de la democracia es el de vivir juntos de modo que la vida de cada uno de nosotros sea provechosa, en el sentido más profundo de la palabra para uno mismo, y beneficiosa para la construcción de la individualidad de los demás (Dewey, *La Ciencia* 154). La democracia es algo “...más que un sistema de gobierno; es precisamente un modo de vivir asociado, de experiencias comunicadas juntamente” (*Democracia* 98). La vida democrática supone el intercambio libre de ideas que redunden en beneficio colectivo. Una persona es educada, según Dewey, cuando puede comunicar o compartir sus experiencias. Al respecto, J. Walsh afirma que el proceso educativo implica el deseo de aprender gracias a los demás; que es lo mismo que decir aprender por experiencia, tesis sostenida por Dewey. En la vida democrática se exige de todos para que aporten a la solución de los problemas y participen en la organización inteligente de la sociedad; para ello es necesario que la educación cumpla eficazmente su función.

En una Democracia todas las instituciones funcionan como medios educativos, por ello los medios de comunicación masiva, las decisiones judiciales o legislativas y el trato diario con los semejantes, tienen un poder inmenso para modificar y moldear el carácter (Walsh 3). Por esa razón Dewey sostiene que la “democracia es un principio educativo” (*La educación hoy* 185); es decir, que capacita al educando, al ciudadano, para participar en el proceso de la vida social.

Según J. Walsh, la política es un arte, pues depende de la toma de decisiones basadas en la prudencia, no tanto en reglas o en leyes conocidas de antemano. Esta tiene como fin el bienestar de todos los ciudadanos, pero también dirige y ordena la acción de los hombres para conseguir ese bien. Por esto la política en una democracia debe garantizar, por igual, la educación de todos para que se logre la libertad operacional² y puedan aportar a la conservación del bien colectivo. Según Dewey, lo que una sociedad es, es el resultado de su educación y ésta “es el correlato directo del modo de organización política de esa sociedad o país” (Mosier 201). La educación debe

² Según Walsh el concepto de “operacional” se usa para significar que la democracia como sistema socio-político es funcional; es decir, que los ciudadanos están en armonía con sus semejantes en el proceso político y, a su vez, con las estructuras políticas existentes. *Education and Political Power*, 63.

crear el tipo de mentalidad que permita el intercambio libre entre los hombres que componen una comunidad. Podemos entender que estos problemas son políticos en el sentido amplio de la palabra.

Para Dewey la escuela contribuye a crear el orden social futuro, pero debe hacerlo de forma inteligente. Dewey está muy consciente que es necesaria la previsión constante porque la democracia no es segura; hay que ganarla día a día y requiere de grandes esfuerzos. Por esa razón, la educación debe fortalecer ese ideal. La democracia pone en manos de todos, el destino de la sociedad, por lo que una preparación adecuada para la conservación de ese ideal es responsabilidad de las estructuras educativas en un sistema democrático.

Para Dewey la idea de formar buenos ciudadanos no implica formar individuos pasivos que acepten las condiciones sociales existentes, pues Dewey afirma que “educar es crear una mente discriminativa, una mente que prefiera no engañarse, ni engañar a los demás” (*La ciencia* 91). Por esta razón la educación debe producir las actitudes mentales que se necesitan para la dirección inteligente de la sociedad, tarea delegada en la política. La educación estética, gracias a su método (experimental), fomenta el ensayo de alternativas viables para desarrollar la experiencia con miras a hacerla más completa y profunda. La educación y la política son complementarias, pues la segunda debe poner en práctica los mismos métodos experimentales que conduzcan a los arreglos sociales más deseables. La educación, entonces, es el método fundamental para el progreso social (Kilpatrick 468).

Dewey sostiene que la educación tiene como tarea crear hombres libres, sobre todo, libres de pensamiento, puesto que esta es la única guía segura para la acción humana. Para Dewey, democracia significa “...la liberación de la inteligencia para una actividad independiente” que conlleva consecuencias sociales (*La educación hoy* 46). La libertad de pensamiento y de acción es un postulado fundamental de la democracia que está relacionada directamente con la educación, puesto que esta debe crearla, reforzarla y estimularla.

El intercambio de experiencias, que es natural en el arte, es parte del proceso educativo, según Dewey. Esto se logra mejor en la democracia que en ningún otro sistema político. Lorenzo

Luzuriaga afirma al respecto (56), y Dewey estaría totalmente de acuerdo con él, que en la actualidad, el estado ejerce tanta influencia en la educación que se puede decir que éste es el principal educador. La National Education Association afirma en uno de sus informes que “ni la democracia ni la educación real pueden existir la una sin la otra” (qtd Luzuriaga 138), lo que confirma la relación recíproca entre educación y política, sostenida por Dewey y todos los representantes de la política pedagógica democrática y liberal. La educación en la vida contemporánea ha cobrado tanta importancia que, como consecuencia, el estado se ha convertido en el órgano coordinador de los intereses colectivos, y por esa razón es el gestor de la tarea educativa, lo cual implica que asume vastas funciones y grandes responsabilidades (Larroyo 477). Esto, a su vez, exige de los políticos un gran conocimiento de la disciplina educativa.

Dewey es un filósofo que toma y retoma los problemas políticos y sociales³. Podríamos afirmar que la categoría básica del pensamiento de Dewey es la de “praxis social” (Bernstein 233); desde la aparición del artículo “The Ethics of John Dewey” en 1888, hasta 1950, con su artículo “John Dewey Responds”, son 62 años de preocupación por los problemas políticos y sociales. Frankel, considera, con sobrada razón, que toda la filosofía de Dewey tiene un carácter evidentemente social; no obstante, según el propio Frankel, esto presenta un problema ya que no podemos encontrar en un lugar específico de su obra la llamada filosofía social⁴ de Dewey. Además, según él, Dewey toca los temas de la filosofía social sólo de pasada, en lugar de hacerlo sistemática y explícitamente. Para Bernstein, Dewey logró al final de su carrera abordar con más claridad y detenimiento los problemas humanos más apremiantes (*Dewey* 35).

³ Brickman, William W. “Dewey’s Social and Political Commentary” en Jo A. Boydston (ed) *Guide to the Works of John Dewey*, 218 reseña toda la labor filosófica de Dewey referente a lo político y lo social.

⁴ En lugar de nombrar la filosofía política de Dewey, utilizamos el concepto de filosofía social, pues es más afín con la manera de designarla del propio Dewey, para quien los problemas políticos son sólo una parte del gran problema humano; así lo señala él mismo en “Education, The Foundation for Social Organization”. Véase John Dewey: *The Later Works Vol. II* (J. A. Boydston ed.) Illinois: Southern Illinois University Press, 1987, 226-238.

Debemos señalar que Dewey tiene una aversión por las cuestiones que no están enmarcadas en circunstancias temporales específicas. En otras palabras, los problemas de tipo social que analiza están relacionados con condiciones específicas y determinadas de su tiempo, por ello las sugerencias de la filosofía social que ofrece se refieren más bien a cuestiones inmediatas, no a problemas generales; esto vale para todas las cuestiones del área, se trate la relación individuo-sociedad, de la libertad-autoridad o de cualquiera otra de las formulaciones de la filosofía social y política tradicional (Shih Hu 208).

En *The Public and its Problems*, Dewey afirma que la discusión sobre la relación entre el individuo y la sociedad es estéril, puesto que la misma se torna en una mera discusión de conceptos, en lugar de afrontar el conflicto real entre grupos, clases, naciones, razas e instituciones. Dewey entiende, por ejemplo, que el problema de la pobreza no se puede solucionar analizando la relación del dominio de la sociedad en general sobre el individuo, sino, por el contrario, por la dominación de unas formas de asociación (la familia, el clan, la iglesia, las instituciones económicas y políticas) sobre otras.

Para Dewey no resultaba tan importante señalar cuáles eran las soluciones definitivas a los problemas que ha arrastrado la humanidad por siglos (Fries 59-74). Lo importante es que Dewey alertó sobre cuál debería ser la atmósfera que tiene que reinar para que todos los individuos puedan contribuir con lo suyo a la solución de estos problemas. Sería muy injusto pedirle la solución definitiva de un problema a Dewey, puesto que él pensaba que esa labor debería ser un trabajo de todos los hombres afectados por el asunto. Para Dewey, la atmósfera que propicia un clima de discusión e intercambio de ideas inteligentes reside en una comunidad democrática en principio (Bernstein, Dewey 37).

Dewey es un firme creyente en la idea de que las instituciones sociales son entes cambiantes; las ideas rígidas y absolutas sobre dichas instituciones entorpecen la tarea de la reconstrucción constante de las mismas para que se ajusten a las nuevas necesidades humanas. La transformación de las instituciones sociales es un requisito fundamental para el logro de la vida humana.

Para Dewey lo social es un entramado de relaciones que van desde “las camarillas para el crimen”, hasta “los sindicatos profesionales” y

no pueden ser reducidas unas a otras (*La Reconstrucción* 264). Dada las distintas formas de relacionarse socialmente que tienen los seres humanos hace falta un organismo capaz de armonizar los distintos intereses surgidos de dichas formas de asociación. Esta función es la que está llamada a cumplir la política. Según Dewey, la importancia del estado “...estriba cada vez más en el poder que tiene para fomentar y coordinar las actividades de los grupos voluntarios” (*La Reconstrucción* 268). Dicho de otra manera, el estado no está por encima de las demás instituciones (escuela, familia y otras) de forma absoluta; por el contrario, sostiene que cada organismo social que aporte y contribuya a realizar la vida tiene su propia valía única y última. Por ello la escuela, el arte y la moral tienen un lugar privilegiado en la búsqueda de una articulación armoniosa de los intereses particulares; justamente, del entrelazamiento entre ellas es que pueden surgir los arreglos sociales más deseables.

El concepto de democracia que Dewey defiende desde sus primeros trabajos es fundamental para entender su teoría social y política, al igual que para comprender la relación que ésta tiene con la moral y el arte. Este concepto de democracia tiene una significación moral, porque la eficiencia y la fuerza colectiva estriban en la liberación y el empleo de las capacidades particulares en la planificación y previsión de los asuntos de la vida social e individual. Para lograr una organización social adecuada es necesaria una educación liberadora en la cual cada uno participe, de acuerdo con sus capacidades, para darles forma a los objetivos de los distintos grupos sociales a los cuales pertenece el individuo; por lo tanto, la educación es el fundamento de la organización social. Dicha idea de la educación está basada en la concepción de que todo hombre se puede autogobernar, siempre y cuando se le provean los medios necesarios que permitan el desarrollo de hábitos inteligentes que regulen la conducta del individuo. Por esto, democracia no es más que el nombre para el hecho de que la naturaleza humana sólo se desarrolla cuando se comunica. En ella todos los hombres y mujeres participan activamente para encauzar sus intereses comunes. Para Dewey, la democracia tiene muchos significados, pero si tiene un significado moral, lo encontramos en que establece que la prueba suprema de todas las instituciones políticas y de todos los dispositivos de la industria está en la contribución de cada uno

de ellos al desarrollo acabado de cada uno de los miembros de la sociedad (*La reconstrucción* 250).

Para Dewey, la democracia es la mejor forma política para poner en práctica la lógica de la investigación y el método de la experimentación en los asuntos sociales (Hook 176). Esta forma pone en libertad las distintas capacidades e iniciativas para buscarle solución a los problemas que surgen constantemente como consecuencia del dinamismo social. La sociedad se hace cada vez más fuerte, según Dewey, en la medida en que cada miembro funcione al máximo de sus capacidades. La experimentación debe ser la clave para el logro de los mejores fines sociales, a pesar de los posibles errores y confusiones que puedan surgir.

La democracia como medio para lograr fines sociales adecuados no es un ente acabado y perfecto; tiene que ser reconstruido constantemente, lo cual es afín con la idea de la continua reconstrucción de la experiencia defendida por Dewey. Por esto es que la democracia sirve como el instrumento más idóneo para la reconstrucción continua de la sociedad, pues la genuina democracia debe preparar al individuo para que esté atento constantemente y alerta a los problemas que surgen; además, debería ensayar nuevas formas de solucionar tales problemas y debería tener presente los posibles errores que se le pueden presentar. Por todo esto Dewey sostiene que la verdadera idea de democracia, la significación de la democracia, debe ser continuamente descubierta y redescubierta, rehecha y reorganizada; y las instituciones políticas, económicas y sociales en las que se halla encarnada tienen que ser rehechas y reorganizadas para hacer frente a los cambios que tienen lugar en el desarrollo de nuevas necesidades y nuevos recursos para satisfacer estas necesidades (*El hombre y sus problemas* 55)

Frankel ha planteado unas objeciones a la filosofía social de Dewey, una de las cuales está dirigida, justamente, al concepto de democracia. Para Frankel la idea de Dewey falla porque se necesitaría de una comunidad de hombres especializados, en ramas como las ciencias naturales. Según Frankel en la sociedad contemporánea existen demasiados conflictos y tensiones que anulan el poder regulador que tiene la democracia. Pero, por otro lado, reconoce el ideal de Dewey, según él, que la escuela debe preparar a los individuos en los asuntos públicos y políticos para

que puedan aportar efectiva y responsablemente en la solución de los conflictos. En favor de Dewey podemos señalar lo siguiente: en “Social Intelligence” Dewey reconoce el hecho de que el promedio de la sociedad de su época posee unos cocientes de inteligencia bajos (Schilpp 465). Este hecho demuestra que es imperativo estimular la inteligencia. También demuestra, para Dewey, la existencia de un orden social deficiente, el cual impide el acceso de la mayoría al gran cúmulo de conocimientos de la humanidad. Esto revela que Dewey no ignoraba las dificultades que tienen que ser superadas para que el ideal de la democracia sea una guía genuina de las relaciones humanas. Frankel también le objeta a Dewey la idea de la aplicación del método científico para tratar los problemas sociales, ya que según él éste es un asunto de gran complejidad. Según Frankel, Dewey no explica cómo se comprueban desde una perspectiva científica las hipótesis que surgen en el campo social. La idea de las posibilidades de aplicar el método científico en el campo de las relaciones sociales se gestó entre los años de 1888 hasta el 1930 (149). Esto nos puede dar una idea de origen de la dificultad de encontrar planteamientos reunidos en un solo lugar. A Dewey le tomó mucho tiempo desarrollar su teoría social, la cual es producto de toda su vida como filósofo. Su teoría social no surgió como un todo acabado, sino que fue el producto de muchas discusiones y reformulaciones. Además, esto demuestra la fidelidad de Dewey con su propio pensamiento, que se caracteriza por la disposición para considerar nuevas posibilidades a las hipótesis ya sugeridas. Su visión sobre el método científico, que considera como revisable en sus resultados, es un asunto que debe ser rescatado de la filosofía de Dewey, y conservado, según Frankel.

Es importante señalar que Dewey reconocía la existencia de diferencias entre las ciencias sociales y las ciencias físicas (Charles 14). En los planteamientos de Dewey existe una sugerencia reveladora de cómo desarrollar técnicas especiales de investigación científica, que sean aplicables en el campo de las ciencias sociales. El reto está planteado (Fries 59-74).

En la política está presente, como en el arte, el aspecto que corresponde al obrar; al hacer. La política tiene como finalidad la búsqueda de relaciones armoniosas entre los distintos grupos sociales, evitando el conflicto entre ellos y, entre ellos y el individuo

particular; tiene que fomentar y coordinar, además las actividades de los grupos voluntarios.

Por otro lado, y es quizás aquí donde se comprende mejor el papel que juega el arte en el campo de la política, también están presentes los elementos que llamamos esencialmente estéticos; a saber la sensibilidad y la estimación, la posibilidad de la participación de unos en las obras y las tareas de otros. La obra de arte como vehículo de comunicación de sentimientos, valores y experiencias personales es un modelo para el intento de establecer una sociedad en que reinen relaciones políticas más humanas.

Dewey sostiene que el poder de la ley y de los valores morales se transmite mejor "...cuando se revisten de pompa, de dignidad y majestad, que son la obra de la imaginación" (*El arte como experiencia* 370). Piénsese en la solemnidad con que se revisten los emblemas e himnos nacionales respecto de los cuales el individuo se siente subyugado. Para lograr el ideal de que la sociedad debe ser cada vez más inteligente, más humana y más gratificante, se requiere de la combinación de aquellas formas de la experiencia a las cuales Dewey dedicó mucha atención; a saber: política, arte, educación y moral (Geiger 338). Precisamente, las vinculaciones entre estos conceptos interrelacionados es el objetivo de una investigación más amplia que hemos realizado, de lo cual es parte esta presentación.

Bibliografía:

- Alicea Rodríguez, Denis. "El Retorno a John Dewey". *Diálogos* 24.53 (1989): 65.
- Bernstein, Richard J. *Praxis y Acción*, Madrid: Alianza Editorial, 1979. 233.
- . *John Dewey*. Ridgeview Pub Co., 1981. 35.
- Brickman, William W. "Dewey's Social and Political Commentary" en Jo A. Boydston (ed) *Guide to the Works of John Dewey*, 218. 83VOL. XIX-XX 2011-2012
- Dewey, John. *Democracia y Educación. una introducción a la filosofía de la educación*. Buenos Aires: Losada SA, 1957.
- . *El arte como experiencia*. (trad. Samuel Ramos) México: Fondo de Cultura Económica, 1949.
- . *El hombre y sus problemas*. Buenos Aires: Paidós, 1967.
- . *La ciencia de la educación*. (Trad. Lorenzo Luzuriaga). Buenos Aires: Losada S.A., 1944.

- . *La educación hoy* (Trad. Lorenzo Luzuriaga). Buenos Aires: Losada S.A., 1944.
- . *La Reconstrucción de la Filosofía*. (Trad. Amando Lazaro Ros). Buenos Aires: Aguilar, 1964.
- . *The Later Works* Vol. II. Ed. J. A. Boydston. Illinois: Southern Illinois University Press, 1987. 226-238.
- Fries, Horace S. "Educational Foundation of Social Planning". *Essays for John Dewey's Ninetieth Birthday*. Eds. Kenneth D. Benney y William O. Stanley. Urbana, Illinois: University of Illinois Press, 1950. 59-74.
- Geiger, George R. "Dewey's Social and Political Philosophy." *The Philosophy of John Dewey*. Schilpp, P.A. (ed) Evanston and Chicago: Northwestern Univ., 1939. 338.
- Gowinlock, James. *John Dewey's Philosophy of Values*. New York: Humanities Press, 1972.
- Hook, Sidney. *John Dewey: An Intellectual Portrait*. New York: The John Day Comp., 1939. 176.
- Larroyo, Francisco. *Diccionario de Pedagogía*. México: Editorial Porrúa S.A., 1980. 477.
- Luzuriaga, Lorenzo. *Pedagogía Social y Política*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1958.
- Mosier, Richard D. "Education as Experience". *Progressive Education* 29 (1952): 201.
- Pratte, Richard. *Contemporary Theories of Education*. Ohio: Intext Education Publishers, 1971.132.
- Read, Sir Herbert. *Education through Art*, London: Faber and Faber, 1967.
- Riestra, Miguel A. *Fundamentos Filosóficos de la Educación*. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1986: 209.
- Schilpp, Paul A. (ed) *The Philosophy of John Dewey*. Evanston and Chicago: Northwestern Univ., 1939.
- Shih, Hu. "The Political Philosophy of Instrumentalism." *The Philosophy of the Common Person: Essays in Honor of John Dewey to Celebrate His Eightieth Birthday*. Ed. Sidney Ratner. New York: Greenwood Press, Publishers, 1968. 208.
- Walsh, John E. *Education and Political Power*. New York: The Center for Applied Research in Education, Inc. 1964: 54-5